

LA SITUACION DE ALEMANIA DOS AÑOS DESPUES DE LA REVOLUCION: LOS LIMITES DE LA COMUNIDAD (*)

Por WOLF LEPENIES

SUMARIO

I. UNA POLÍTICA DE MENTALIDADES.—II. LA ALEMANIA ADELANTADA Y LA ALEMANIA RETRASADA.—III. LA INTRASCENDENCIA DE UN SUCESO SIN PRECEDENTES.—IV. HIPERPOLITIZACIÓN E HIPERMORALISMO.—V. «MADRE, ¿QUÉ TAL ME SABE ESTO?»—VI. ¡CON VOSOTROS SE PUDO CONSTRUIR!—VII. LA ILUSIÓN DE LA COMUNIDAD Y LA VIRTUD DEL TACTO

No quiero ocultar que, desde hace tiempo —y más hoy, cuando sólo han pasado tres días desde la nueva fiesta nacional de los alemanes—, me parece que se ha hablado bastante de cómo los alemanes se contemplan a sí mismos y que ahora convendría pasar ya a la acción. Una vez más, sin embargo, he de alejarme de ese propósito. En lo que sigue, voy a exponer algunas observaciones y reflexiones acerca de la situación alemana en la política, la ciencia y la cultura. Prescindiré de lo que está sucediendo en la economía y en el derecho, y comenzaré por referirme a Europa y romper una lanza a favor de una nueva clase de política que me gusta llamar «política de mentalidades».

I. UNA POLITICA DE MENTALIDADES

Hay predicciones históricas que no son simplemente erróneas, sino que, con el transcurso del tiempo, se muestran cada vez más inexactas. Uno de estos pronósticos proviene precisamente de alguien empeñado en tener siempre

(*) Texto del discurso de apertura del Congreso Alemán de Germanistas, pronunciado por el autor en Augsburgo el 6 de octubre de 1991.

razón, un pensador político y un político pensante que de forma admirable presintió muchas cosas y anticipó algunas otras. Pero, en su osadía, Alexis de Tocqueville pretendió conocer los planes del Todopoderoso, y ello hizo que el propio decurso de la historia le castigara. Escribió que Dios había previsto un futuro tranquilo para las naciones de Europa. Eso era en 1825.

¿Hasta qué punto será tranquilo el futuro de Europa? Este es un interrogante al que hoy día nadie puede aventurarse a dar respuesta. Las turbulencias en que se ha visto envuelto nuestro continente no sólo han incrementado la falta de fiabilidad de cualquier clase de pronósticos, sino que también han aumentado la incapacidad para analizar adecuadamente el pasado reciente. Hoy se demanda verdades supratemporales —tanto como impresiones del momento. Son tiempos de profetas y de reporteros. Cuando el presente discurre a la velocidad del rayo y el pasado cambia constantemente sus contornos, como puntos de apoyo para la conciencia histórica sólo quedan la revelación, que manifiesta su virtualidad en términos supratemporales y no es influible por el curso de la historia, o el *impromptu*, que en modo alguno pretende durar más que el día. De pronto, el sociólogo y el narrador se ven ante la misma situación: para llegar a comprender el presente o evocar a media voz el pasado más reciente, las teorías de alcance medio y la novela parecen poco adecuadas.

Hoy se evidencia lo peligrosa que era la ilusión de interpretar el desmoronamiento de los regímenes de los Estados socialistas en la Europa Central y del Este como el preludio de una última etapa histórica de transición, como el comienzo de un proceso que llevaría irremisiblemente a una democratización de la política, a una economía orientada hacia el mercado y a una liberalización de la ciencia y la cultura. En aquella autoengañosa autosuficiencia descrita por Karl Marx —autor al que ya se considera tan anticuado que de nuevo merece la pena citarlo— como la nota característica de la interpretación burguesa del mundo, las acciones históricas experimentales aparecen como procesos naturales imparables. Ya está bastante mal visto que en el triunfante mundo occidental se extienda un espíritu malicioso y prepotente, pero podría resultar fatal el hecho de que volviera a ponerse de moda un pensamiento teleológico, un pensamiento histórico-filosófico que se reafirmara y estabilizara a sí mismo, como si ni el buey ni la mula pudieran detener el curso de la *civil society* (1).

(1) N. del T.: Expresión utilizada por Honnecker en uno de sus últimos discursos, refiriéndose al socialismo.

Pensadores y políticos occidentales se refugiaron en las ilusiones de la *posthistoire*. Al parecer, lo único que se puede hacer ya es contribuir a que los principios de validez supratemporal se abran paso rápidamente. Sin embargo, el recuerdo de la propia historia que acaba de transcurrir actúa como freno. Pero uno no tiene que resultar sospechoso, por ejemplo, de sentir simpatía por la soldadesca serbia cuando se estremece por el modo patético en que un ministro alemán de Asuntos Exteriores reclama el derecho de autodeterminación de los croatas, sin acordarse de quiénes fueron los aliados más entusiastas de los fascistas alemanes en el territorio de la actual Yugoslavia y de quiénes se convirtieron en los asesinos que ejecutaban sus órdenes en los Balcanes. Tampoco tiene uno que ser tildado de partidario de los golpistas rusos si en el triunfo de Boris Yelsin no se celebra sólo el fin del PCUS, sino que también se presiente el resurgimiento de la Gran Rusia y se teme el restablecimiento de su ortodoxia estatal y eclesiástica. Los contornos de una nueva Europa se perfilan en la medida en que vuelve a haber iglesias oficiales. ¡Quién sabe a cuántas desecularizaciones ha de llevar todavía la caída del comunismo y qué revisiones de la historia europea han de reclamar proscritos como Solzhenitsin tras regresar a su país! Hace un año, un político húngaro me decía que había llegado el momento de revisar los resultados de los tratados de Saint-Germain-en-Laye y del Trianón. Y ya entonces lo decía en serio. Declaraciones de este tipo encierran más peligro para la calma en Europa que las familias de origen gitano que desde hace meses acampan en el lado polaco del Oder y que, para espanto unificado de los alemanes, muy pronto poblarán las zonas peatonales de sus grandes ciudades.

Nada resultaría en este momento más funesto que el hecho de que el feliz Occidente reaccionase despectivamente ante el arduo y costoso —no sólo en términos económicos, sino también psicosociales— proceso de busca de la propia identidad que está teniendo lugar en la Europa Central y del Este. A la vista de la nueva riqueza de un sector extremadamente reducido que medra con la paz y de una nueva situación de miseria que en la actualidad se extiende todavía má rápidamente entre grandes sectores de la población, el que los movimientos reformistas en esas partes de Europa puedan o no estabilizarse y mantenerse frente a los ardientes nacionalismos, no va a depender exclusivamente del volumen de la ayuda económica que preste Occidente. El éxito o fracaso de la propia ayuda vendrá determinado de forma decisiva por el tacto y la delicadeza que se tengan para no entregarla como una limosna, sino para que pueda recibirse como el comienzo de una cooperación entre socios de igual rango. La generosidad es necesaria, pero será poco efectiva si a la hora de ponerla en práctica no se tiene la necesaria sensibilidad.

Lo que necesitamos hoy apremiantemente —en analogía con la historia

de las mentalidades— es una *política de mentalidades*. En muy poco tiempo hemos visto en toda Europa que, por ejemplo, el paso de la economía de mercado únicamente puede resultar si las medidas de ayuda económica van acompañadas del surgimiento de una orientación económica específica. Lo mismo ocurre con la conciencia subjetiva del derecho y con las convenciones culturales básicas en las que se fundamenta la sociedad civil. Y de la misma manera sólo se podrá poner límite y se podrá civilizar a los nacionalismos europeos nuevamente reavivados mediante una política que tenga en cuenta de forma adecuada las consecuencias del cambio de mentalidad en Europa. El problema fundamental de un continente como el nuestro, que aspira a integrarse en el tránsito a una sociedad de ciudadanos, estriba en la falta de sincronía en las mentalidades y modo de pensar de los pueblos europeos.

El apremio del tiempo para superar estas diferencias es enorme, y mientras que en la historia de las mentalidades nos ocupamos de la historia a «cámara lenta», la política de mentalidades sólo puede tener efecto siendo una política a «cámara rápida». Por esta razón, los elementos simbólicos de la política adquieren hoy significado por doquier: los símbolos son abreviaciones estratégicas de procesos y programas políticos, y por ello, una política que sepa desenvolverse con símbolos ya convenidos es, y no en último término, una política a «cámara rápida».

Cuando Walther Rathenau proyectó la visión de una economía europea común no era tan ingenuo como para ver ya asegurados el desarme y la paz mundial. Pero al proceso de unión económica asoció la perspectiva de una atenuación de los conflictos, un ahorro de fuerzas y el surgimiento de una civilización basada en la solidaridad. Bien es cierto que se va a acelerar la equiparación de las oportunidades vitales en toda Europa. Pero cabe también preguntarse si este proceso se llevará a cabo con la suficiente rapidez. Más que nada, hay que temer que una falta de igualdad en Europa durante demasiado tiempo vuelva a cuestionar la libertad nuevamente adquirida. Debéramos tener claro que aún no está resuelto, ni mucho menos, que los procesos de los que hoy somos testigos y partícipes representen un cambio epocal o un mero episodio.

Y también deberíamos tener claro —en Alemania precisamente— el hecho de que los plazos de los procesos históricos en que nos vemos envueltos superarán ampliamente nuestras propias vidas individuales. Sólo los alemanes que hayan nacido después del 3 de octubre de 1990 estarán unificados en el sentido no sólo de una equiparación de las perspectivas de vida, sino también de una creciente conjunción de las condiciones de vida, de la que forma parte tanto la perspectiva de un futuro común como una identidad histórica compartida. Todavía somos, y seguiremos siendo por mucho tiempo, un país muy

particular, un país que no tiene ciudadanos propios. Hay ciudadanos (del Este) y ciudadanos (del Oeste), y a partir de ahora podemos llegar a ser ciudadanos europeos.

¿Cómo es la situación alemana dos años después de la revolución?

II. LA ALEMANIA ADELANTADA Y LA ALEMANIA RETRASADA

Para empezar, no siempre las palabras grandilocuentes resultan oportunas. Gran parte de lo que a las mismas personas implicadas les parecía, o les sigue pareciendo, un drama histórico-mundial, cuando se observa de cerca resulta más bien un sainete local o un capítulo de una novela trivial. Aun cuando el nuevo narcisismo alemán pueda convertirse en un peligro para el proceso de la unión europea, la Alemania unificada tampoco constituye en modo alguno el peligro más temible del mundo, como predijo Heinrich Heine, quien, en relación con este pronóstico, podía contar con el aplauso de su anfitrión francés. Aunque cada vez ondean más banderas alemanas en los *campings* y Federico el Grande yace otra vez en Potsdam, sin embargo, el resurgimiento del nacionalismo alemán constituye, al menos por ahora, una amenaza menor para el mundo que el hecho de que los mismos alemanes, con su provincialismo amodorrado, arriesguen las posibilidades de la unidad.

¿Cómo es la situación en Alemania? Poco clara, confusa y en cada sitio diferente. Antes estaba el muro como orientación para ambos lados; ahora hay vía libre en todas las direcciones. Si ustedes van por las carreteras alemanas del Este y se fijan en los coches y en sus matrículas, se harán así una precisa idea de la mezcla de mentalidades y condiciones de vida ante las que nos encontramos hoy. Verán un caleidoscopio de la falta de sincronización alemana. Los conductores occidentales, en sus coches occidentales, son aburridos; sus pretensiones de identidad pueden colegirse directamente de las distintas marcas de coches. Por el contrario, los conductores orientales manifiestan todos los niveles en los que se están produciendo en la actualidad los cambios de identidad en Alemania: conducen coches del Este con antiguas matrículas del Este; coches occidentales con nuevas matrículas del Este; coches del Este con matrículas del Oeste; coches occidentales con matrículas del Este, sin placa de nacionalidad; coches del Este con matrículas del Este y con placa de la RDA pintada de nuevo, de forma que las dos últimas letras han desaparecido inocentemente (2); coches del Este con matrícula del Oeste

(2) N. del T.: Las iniciales alemanas para la RDA son DDR. Ya sólo quedaría la primera «D», la de «Alemania».

y una placa con la letra D, y, por último —no permitido, como de la ironía histórica y viva imagen de la inutilidad—, coches occidentales con matrículas del Oeste y el antiguo emblema de la RDA. Esta combinación casi interminable de señas de identidad es todo menos trivial. Delata la yuxtaposición de las condiciones fácticas de vida en las que se encuentran actualmente los alemanes. Hay más ejemplos: para los funcionarios uniformados y, más en particular, para los agentes de la autoridad que desempeñan el cargo en el Este solamente resulta obligatorio, por expresas órdenes de arriba, el uso de la gorra occidental, ya que generalmente es en ella donde luce el signo de la autoridad. Frente a ello, por razones de economicidad, y como quiera que las otras piezas de los uniformes no llevan ese distintivo, puede combinarse indistintamente prendas del Este y del Oeste, lo que da a entender que es desde la burocracia desde donde todavía se sigue creando con más facilidad la situación de toda Alemania, importando poco lo demás.

¿Y la parte positiva? Existe, pero por el momento es menos visible en el escenario político o en las tablas de los foros públicos. La utopía de la unidad alemana vivida se presiente con más claridad en las pistas de atletismo y en el ardor de los estadios de fútbol. El héroe de la unidad alemana fue Uwe Reinders, el entrenador alemán-occidental del Hansa Rostock, mientras mantuvo al club (reforzado con jugadores occidentales) a la cabeza de la Liga alemana. Aquí actúan mecanismos de integración que harán más por la transformación efectiva de la conciencia de las masas de toda Alemania que los que pueda conseguir cualquier obra de beneficencia hacia el Este.

El Estado de la RDA ha pasado. No hay motivo alguno para la nostalgia. Era un Estado criminal. Pretendía legitimarse por medio del antifascismo y aprovechaba infamemente el modo de pensar que había hecho posible el fascismo en Alemania. Se declaró a sí mismo libre de todo deber de reparación para con las víctimas del nacional-socialismo y creó un clima que propició la xenofobia. Prestó juramento a la Internacional de los explotados y favoreció el nacionalismo de estrechas miras de las nuevas capas privilegiadas. Como en toda la Europa Central y del Este, la paulatina bancarrota y, finalmente, la caída del socialismo, también en la RDA, llevaron a la reproducción de las explotadoras condiciones del capitalismo primitivo, ya superadas eficazmente en la economía social de mercado. Esta República Democrática Alemana, no democrática ni en su Parlamento ni en la esfera doméstica y carente de virtudes republicanas, representaba una Alemania que desapareció con la Segunda Guerra Mundial. No hay ningún motivo, pues, para la nostalgia. Para lo que sí hay motivo es para espantarse ante el grado en el que la RDA, sin restar importancia *a posteriori* mediante ningún género de comparaciones a los crímenes del exterminador régimen nacional-socialista, fue —en terrible

continuidad con la historia alemana— un Estado de delatores, de criminales de «despacho», de infractores de la ley y de compañeros de viaje.

Era *nuestro* Estado. Era nuestro Estado, ya que la RDA hubiera sido el Estado de todos nosotros si en 1945 las tropas de los aliados occidentales no se hubieran replegado a la orilla occidental del Elba, sino a la orilla occidental del Rin. No fue un mérito propio, sino una concesión de la geografía que quedó plasmada en el compromiso geopolítico de las potencias vencedoras de la Segunda Guerra Mundial. Esto permitió a la República Federal —no la Alemania mejor, sino tan sólo la más feliz— convertirse pronto en ese sector de la sociedad civil en la que algún día, esperemos, se unirá Europa. Y no fue por mérito propio, sino por casualidad por lo que nosotros, los alemanes occidentales, no nos hemos convertido en cómplices y compañeros de viaje, en delatores y burocráticos agentes de una nueva dictadura alemana. La consecuencia que de todo ello se deriva para las conversaciones y negociaciones interalemanas —todavía necesarias y que nunca estarán enteramente colmadas— no puede ser otra, pues, sino la de desmoralizar el debate.

Suerte, casualidad, mala fortuna —éstas son categorías con las que la historia hace ya tiempo que no puede ni quiere tratar. Y, sin embargo, son elementos de la historia real, y la situación alemana sólo se puede entender adecuadamente teniendo también en cuenta las casualidades. Ahora bien: la casualidad no legitima nada, ni el resentimiento ni la arrogancia. Pero la situación alemana actual viene marcada por la turbia mezcla de mentalidades, por el choque entre resentimiento y arrogancia en el que estos mismos se entrelazan y se atacan, entre dos posturas que resultan aún más obstinadas, ya que, por principio, ninguna de las dos es capaz de justificarse.

El resentimiento llega hasta tal punto que, incluso para los intelectuales de la RDA cercanos a los movimientos ciudadanos, los errores cometidos por su Estado todavía les siguen pareciendo una reacción deplorable y no justificable, pero, aun así, comprensible ante el adelanto político o económico de la República Federal. Vistas las cosas desde una perspectiva claramente indulgente, la República Federal constituía la Alemania avanzada y la RDA la atrasada. Se trata de una visión peligrosamente reduccionista, que también permite a los responsables y a los criminales sacar provecho del bono de simpatía otorgado al rezagado, al desfavorecido, al marginado: es así como el perro sanguinario acabará convirtiéndose en un pobre perro.

III. LA INTRASCENDENCIA DE UN SUCESO SIN PRECEDENTES

La arrogancia se refleja en el convencimiento de que la RDA fue un Estado totalitario, y, por ello, actualmente el Este de la Alemania unificada

no ofrece en ningún ámbito de la política, en ningún sector de la vida social y ni en un solo aspecto de la experiencia histórica una alternativa sobre la que merezca la pena reflexionar en toda Alemania. Así, después de la reunificación, en la parte Oeste no nos hemos parado a pensar ni por un momento en otras formas de asistencia sanitaria, en un reforzamiento de las perspectivas profesionales para la mujer o en una reorganización de todas las universidades y escuelas superiores alemanas. El proyecto de Constitución de la RDA lo hemos dejado encima de la Mesa Redonda (3), sin haberlo leído, cubriéndose de polvo, en lugar de tomarlo como motivo para hacer de la Ley Fundamental, que, en principio, merece ser conservada, una Constitución libremente adoptada por el pueblo alemán, tal y como se exige en su propio artículo 146. En el Oeste se extendió tanto un sistema de autoconfianza colectiva como un espíritu de triunfante *caritas*: se ayudaba sobre todo allí donde la ayuda se recibía silenciosamente. En la visión del mundo de los benévolo vencedores, los cuarenta años de la RDA se redujeron a un espacio vacío en la historia alemana. Quien así piensa, mentalmente lo que está poniendo delante de la D de los identificativos postales de la Alemania del Este no es una O, sino un cero (4).

Entre las peregrinaciones que ahora hacen los alemanes del Oeste, ya liberados de la obligación de obtener un visado, se encuentran una visita a las ruinas del monasterio de Chorin. Sobre estas ruinas escribió Fontane en sus *Wanderungen*: «Chorin no es una de esas hermosas ruinas en las que uno sueña como en un cementerio en primavera, cuando las flores han crecido sobre las tumbas. No permite que se permanezca en él, y como más impresiona es cuando pasa por delante de nosotros como una sombra chinesca [...]. Todo nos abandona, y caminamos sobre el duro suelo de piedra como por una era barrida por el viento. Todo vacío...»

Esta es la imagen que muchos tienen de la desaparecida RDA: una ruina sin encanto, un conjunto de escombros materiales y espirituales a los que, como escribía Fontane en relación con Chorin, se les «desdibujan todos sus rasgos». Hasta qué punto esta generalizada —y, sin embargo, totalmente subjetiva— impresión se corresponde con la realidad es una pregunta para la que no hay respuesta. Ahora bien: quien, después de haber atravesado las ruinas del monasterio, pasee por el pequeño y desolado cementerio en el propio Chorin obtendrá una muestra del estado en que se encuentran los alemanes. En este cementerio hay una lápida conmovedora, quizá única,

(3) N. del T.: Denominación que recibió la plataforma de negociación entre los sectores oficiales reformadores y la oposición democrática en los últimos momentos de la RDA.

(4) N. del T.: D por Alemania; WD por la parte occidental y OD por la oriental.

dedicada a un miembro de un gremio poco usual, el de los vigilantes de ruinas, y en ella está escrito: «Amó a sus ruinas». Pero ¿sentían también tanto apego los habitantes de este país alemán que resurgió de las ruinas para volver a sumergirse en ellas?, ¿sentían tanto apego por su país los ciudadanos de la RDA?

Un problema que se plantea en la convivencia y en el desarrollo en común de los alemanes estriba en que los alemanes del Oeste no quieren entender por qué los del Este lloran la pérdida de situaciones de las que, durante cuarenta años, quisieron escapar sin poder hacerlo. «¡No lo entenderéis nunca!», es la fórmula de defensa con la que los habitantes de la RDA inmunizan su autocompasión y, al mismo tiempo, ayudándose del privilegio del recuerdo, intentan conservar su identidad y someterse a sí mismos a una terapia. Y los alemanes occidentales no entienden esta fórmula de protección y no están dispuestos a admitir que la legitimación del recuerdo no depende de la de lo recordado, que precisamente una dictadura lleva al desarrollo de estilos de vida y formas de comportamiento profundamente apolíticos y, por ello, altamente legitimados para el individuo, de los cuales sólo se puede desprender corriendo el riesgo de perder la identidad.

El texto siguiente corresponde a una esquelita aparecida recientemente en un diario de Berlín:

Tras una vida de trabajo y privaciones, marcada por la guerra y el fascismo, así como por un compromiso infatigable con la paz y la justicia social, murió mi querida madre, nuestra abuelita, la camarada NN.

Este texto —que jamás habría podido publicarse en un país como la República Federal, libre de comunistas— delata el resentimiento político de los herederos de los alemanes orientales; pero la arrogancia del lector occidental estriba en no querer reconocer que tras estas palabras de despedida, muy al estilo del Partido y para él extrañas e incomprensibles, se esconde una trayectoria vital que reclama una dignidad y una legitimidad propias. Hasta en el hecho de la muerte se ve de qué forma tan distinta han vivido durante los últimos cuarenta años los alemanes del Este y del Oeste.

El resentimiento y la arrogancia constituyen una mezcla de mentalidades que marca la situación alemana del presente. Puede resumirse recurriendo a una paradoja: con lo que nos enfrentamos —sobre todo en el Oeste— es con la falta de consecuencias, con la intrascendencia, de un fenómeno sin precedentes.

IV. HIPERPOLITIZACION E HIPERMORALISMO

La intrascendencia de la unificación de ambos Estados alemanes se detecta dolorosamente en el ámbito político. La clase política de la antigua República Federal, con pocas excepciones, ha hecho de la unificación y sus consecuencias un festival de autoconfirmación. El restablecimiento de la unidad estatal de Alemania representa, en la República Federal, un mandato constitucional y un lugar común de referencia de la retórica política, pero en modo alguno constituía una referencia de orientación de la política práctica. Los políticos de Bonn, representando en esto fielmente a su electorado, podrían haber hablado de la unificación de los dos Estados alemanes, como Béranger lo había hecho de la Revolución: «Quiero soñar con ella, pero no quisiera tenerla». Pero entonces la tuvieron; tuvieron la unidad alemana, e inmediatamente un golpe de azar de la historia alemana se reinterpretó como el resultado bien planeado de una estrategia política cuando no de una estrategia táctica de partido.

La política alemana no ha realizado ningún examen de conciencia, lo cual también ha venido motivado por la renuncia a la política por parte de los alemanes orientales. En esta renuncia a elaborar una alternativa política, el régimen totalitario de la RDA se sigue haciendo sentir, aun después de su desaparición, de forma más perversa todavía que en las orgías de adaptación de los antiguos cuadros del partido y en las maniobras de engaño de las compenetradas tramas del SED (5) y del PDS (6). Hans-Peter Krüger, Gerd Irrlitz y otros han descrito, desde el íntimo conocimiento de la sociedad de la que proceden, cómo el régimen de la RDA se mantuvo estable basándose en un entreveramiento perfecto entre hiperpolitización e hipermoralismo. En la tierra que es el meollo del protestantismo alemán siempre ha estado justificado definir el leninismo como el calvinismo de los menos privilegiados.

Apoyándose en el modo en que la Iglesia protestante entiende oficialmente su función y en la tradición alemana de la vida interior, siempre más interesada por un sentimiento autoconfirmado de melancolía que por conseguir poder o mayorías, se extendió en la RDA una disposición de ánimo propia de disidentes escépticos frente a toda política, a costa, incluso, de una eficaz política de oposición. Es cierto que esta disposición de ánimo se manifestaba de forma

(5) N. del T.: Siglas de *Sozialistische Einheitspartei Deutschlands* (Partido Socialista Unificado de Alemania), denominación oficial del antiguo Partido Comunista.

(6) N. del T.: Siglas de *Partei des Demokratischen Sozialismus* (Partido del Socialismo Democrático), partido bajo cuyas iniciales concurren a las elecciones los renovados comunistas orientales.

creciente, y a menudo con grandes sacrificios personales, ante la opinión pública, pero, sin embargo, no se llegó a convertir en una estrategia política. Parecía como si la hiperpolitización hubiera profanado para siempre el concepto de política. Asimismo, cuando los disidentes consiguieron la libertad de expresión política tampoco cambió un ápice su desprecio hacia la política. Cuando ya habían perdido las elecciones, los movimientos ciudadanos todavía seguían discutiendo si se tenían que organizar como partidos políticos. Resistieron la tentación pagando el precio de no mover nada más y de llevar hasta el absurdo la imagen que de ellos mismos ofrecían: cuando por fin la política alemana se puso en marcha, los movimientos ciudadanos de la RDA quedaron congelados, como paralizados ante las posibilidades que de repente se les ofrecían. Muchos de sus representantes buscaron apoyo en una especie de masoquismo antimaquivélico, y ellos mismos practicaron aquella cultura de malentendidos, de la que permanentemente se habían quejado.

Es así como hoy día, en los puestos de mando de la política alemana, están ausentes las mejores cabezas del movimiento de protesta de la RDA. No es casualidad que éstos, en su mayoría, actúen principalmente como columnistas políticos, pues esta forma de expresar la opinión regular y puntualmente se corresponde con una forma de entender la política que, en su caso, permite que los sentimientos personales se refugien en la opinión pública sin tener que preocuparse de la cuestión de cómo una opinión individual podría convertirse en opinión de la mayoría. La columna es la política recluida en su casilla, la manifestación obstinada de la falta radical de compromiso. Esta actitud de las cabezas de la propuesta intelectual de la RDA ocasionó un vacío político inmediatamente después de la unificación, facilitando así la rehabilitación retrospectiva de los antiguos partidos del «bloque» de la parte oriental, tramada a toda velocidad por los partidos gobernantes en Bonn por razones de táctica electoral.

No quisiera que estas observaciones se malinterpretaran como una censura de la política formulada por un intelectual. Por el contrario, para lo que hay motivos más que suficientes es para censurar a los intelectuales alemanes, tanto en el Este como en el Oeste. A la vista de lo imparable de los acontecimientos; el Gobierno de Bonn se puso a dirigir las transformaciones históricas con un estilo gerencial. Los intelectuales del Este y del Oeste, por el contrario, todavía han seguido lamentando las posibles consecuencias de la precipitación con que se llevó a cabo la unificación, mucho tiempo después, incluso, de que se hubieran hecho acremente imprescindibles análisis desapasionados del proceso de unificación realizado. La historia se precipitó y los intelectuales no avanzaron. Cuando la noche de la caída del muro llegó al día, la vanguardia de los intelectuales alemanes ya era retaguardia. Y de

nuevo, el resentimiento y la arrogancia se unieron para convertirse en característica del presente de toda Alemania.

El resentimiento de aquellos grandes escritores de la RDA que criticaron el afán de consumo de las masas de los alemanes del Este era una hipocresía. En lugar de invadir los almacenes de Berlín Oeste y de las regiones cercanas a la frontera, la población de la RDA, manteniendo una postura de espera ascética, tendría que haberse dejado instruir acerca de las bases fundamentales del socialismo verdadero por estos intelectuales, que, lo quisieran o no, ya desde hacía tiempo sacaban provecho del falso socialismo. Los portavoces culturales de la RDA habían olvidado —¿acaso lo habían sabido alguna vez?— que el deseo de una satisfacción inmediata de las necesidades es una característica del comportamiento de los estratos inferiores, mientras que tradicionalmente la clase media está acostumbrada a posponer la satisfacción de necesidades (*deferred gratification pattern* es el término técnico utilizado por los sociólogos). En la exhortación a un ascetismo en el consumo, dirigida a las masas, la clase intelectual de la RDA reveló que ya desde hacía tiempo representaba a aquella burguesía ante la que prevenía al resto de la población.

Arrogante era la horrible expresión de «nacionalismo del DM», del marco alemán, pronunciada y repetida mecánicamente por los intelectuales germano-occidentales, que manifestaban su inquebrantable vinculación al Occidente reconociendo audazmente que en Berkeley y en la Toscana se encontraban «más en casa» que en Lausitz o en Halberstadt. Ocurrió como en un experimento sociológico y se evidenció cómo la libre comunicación se viene abajo a causa de una sola expresión de privilegiados. De pronto, los intelectuales de izquierda descubrieron que durante decenios habían estado sacando provecho de su libertad política en aquella República cuya odiada y condenable abreviación era «Bonn». De forma retroactiva, Konrad Adenauer se convirtió en el héroe de esos socialistas contrarios a la unificación, que habían olvidado, o querían olvidar, que un Konrad Adenauer difícilmente habría podido lograr sus metas políticas sin un Ludwig Erhard.

Mientras que, por un lado, de modo retroactivo, el sistema político de la República Federal recibió de su vieja izquierda un impulso legitimador basado en su falta de memoria, pero no por ello menos eficaz, por otro lado, a los alemanes del Este —que, con toda seguridad, estaban más orientados a las bendiciones de la economía de mercado que al establecimiento de los deberes de la sociedad civil— se les puso en claro que tenían que occidentalizarse sin pasar por un segundo milagro económico.

Dos años después de la revolución todavía se puede seguir diciendo que no ha habido una alternativa económicamente soportable al nacimiento precipitado de la unión monetaria y a la rapidísima unificación política de ambos

Estados alemanes, por muy dolorosa que sean sus consecuencias psíquicas y económicas para el ejército de parados de la RDA y por mucho que se grave, ya ahora y también en el futuro, al contribuyente alemán. Una moratoria que hubiera llevado a una unificación suavizada de los alemanes no era ni financierable ni legitimable en el contexto político europeo, transformado dramáticamente. Los Estados alemanes no unificados se hubieran convertido en el foco adicional de riesgo en Europa, que habría presentido Casandra en la Alemania unificada.

V. «MADRE, ¿QUE TAL ME SABE ESTO?»

Ahora bien: todavía sigue siendo discutible si la unión cultural y los procesos de adaptación en el mundo de la ciencia tendrían que haberse llevado a cabo a la misma velocidad y al mismo ritmo que la privatización de empresas y la sincronización de la Administración. Quizá pueda sanearse la economía de la RDA siguiendo las directrices de un comisariado central (la llamada *Treuhandanstalt*). Para el arte y la ciencia esto no resulta válido. Mucho de lo aquí ocurrido recuerda a un episodio de infancia de las memorias de Günther de Bruyns. Cada vez que su madre le ponía delante algo nuevo de comida, el niño tomaba una cucharada y lo probaba como un buen chico, preguntándole a su madre con la mirada: «Madre, ¿qué tal me sabe esto?» A esta pregunta, típica de la RDA, las Administraciones de Cultura y de la Ciencia de la República Federal respondían generalmente todas al unísono: «¡Te sabe bien, hijo mío, bien!»

En la Alemania capitalista —otra paradoja de la unificación— se ha impuesto una idea de saneamiento para la cultura y la ciencia que conserva rasgos fundamentales del marxismo trivial. La superestructura cultural y científica de la extinta RDA queda eliminada como un mero apéndice de su base económica y política. Reconocer obras culturales y científicas de talla en la RDA no significaría fomentar una nueva leyenda alemana de la emigración interna o de la resistencia clandestina. Pero resulta difícil entender por qué los artistas y hombres de ciencia han de someterse a una bochornosa reeducación cuando, al mismo tiempo, aquellos que llevaban la voz cantante en el antiguo régimen pueden ocupar ahora posiciones de dirección política. Entre las consecuencias negativas de la unificación está el hecho de que hoy en Alemania todavía se siguen aplicando dos baremos distintos al cómplice político y al oportunista en el campo de la cultura.

Mientras que de este modo, por un lado, sobrevive el marxismo trivial como un principio de selección clandestino (y, por ello, tanto más efectivo)

de la obra artística y científica, por otro, como consecuencia de la prisa de unos por adaptarse al nuevo sistema y de la sed de venganza de otros, se proscribió toda idea marxista. Si antes en la RDA no podía publicar nadie que no estuviera dispuesto a dar evidencia, por lo menos en la introducción de sus escritos, de su reverencia hacia los clásicos marxistas, ahora en la gran Alemania ya no se escucha a nadie que no pueda asegurar de forma creíble haber comprado los tomos azules (7) bajo coacción, pero no haberlos leído nunca realmente. Aquellos a quienes esta afirmación les parezca exagerada pueden echar un vistazo a las listas de concesión de puestos en las universidades de la extinta RDA o dejar que los afectados les cuenten la enérgica forma en que algunos colegas de la antigua República Federal sanearon facultades enteras: si no ocurre un milagro, colegas muy estimables del Este, forzados a una jubilación anticipada, tendrán que contemplar cómo profesores occidentales en paro hasta este momento lograrán, por fin, un puesto y una categoría. No se puede dejar de mencionar el hecho de que de esta situación también son responsables la resistencia prestada por las antiguas tramas y la enorme incapacidad de los colegas de la RDA para llegar entre ellos a un consenso acerca de sus cualificaciones profesionales y científico-morales.

Para que no haya lugar a equívocos: únicamente mediante un *ukasse* podrá el materialismo, tanto el dialéctico como el histórico, experimentar un renacimiento. Pero me parece prematuro pensar que los motivos utópico-humanitarios, que también desempeñaron un papel en el origen de socialismo, hayan sido definitivamente superados y suprimidos para siempre. En el Oeste no nos hemos parado a pensar cómo se le puede hacer más fácil a una generación de profesores e intelectuales educados en el marxismo el paso a un contacto libre y relajado con los productos del pensamiento humano. En lugar de ello hemos provocado un vacío en la orientación espiritual, en el que las personas hábiles y quienes son capaces de adaptarse van a la búsqueda de puestos de trabajo utilizando la jerga de la teoría de sistemas, mientras que quienes son más bien pasivos se abandonan a los ánimos apocalípticos del final de los tiempos y a las tinieblas de un Rudolf Bahro.

El socialismo de Estado ha llegado definitivamente a su fin; por el contrario, los estímulos y motivos del pensamiento socialista van a demostrar bien pronto su capacidad de supervivencia y, más aún, la necesidad de su supervivencia. Los conflictos sociales, que en Europa, como en todo el mundo, se están agudizando, y que resultan de una universalización del estilo de vida occidental, en creciente discrepancia con las situaciones vitales fácticas, no van a seguir enfrentando al socialismo como sistema con su odiado adversario

(7) N. del T.: Color de la edición de las *Obras* de Marx/Engels.

sistémico, el «capitalismo». Pero la cuestión de si acaso no deberíamos reflexionar acerca de la necesidad de un socialismo en el seno del capitalismo y también la de si no deberíamos tomar las medidas necesarias para lograr una mayor igualdad dentro de una economía, como la de mercado, que se desarrolla bajo el signo de la libertad, van a salir por sí solas a nuestro encuentro y se van a plantear en la sociedad mundial del futuro inmediato con más fuerza que nunca. El triunfo del capitalismo hace imperiosa su ulterior transformación, del mismo modo que la crítica de la economía burguesa se hará más apremiante desde que las *Teorías sobre la plusvalía* ya no son de lectura obligatoria en ningún sitio.

Volvamos ahora a los problemas internos alemanes.

En virtud de una convención terminológica decretada por la burocracia ministerial de la Alemania del Oeste, que con sus horripilantes términos de *Abwicklung* (liquidación) y *Überführung* (traspaso) no supuso más que una continuación de la *lingua tertii imperii*, al trabajo del *Wissenschaftsrat* (Consejo de la Ciencia) (8) se le ha impuesto una pesada hipoteca. Sin embargo, el Consejo ha propuesto unas ideas para la nueva organización de la investigación que merecen un gran consenso.

Obviamente, los problemas decisivos, de fondo, del proceso de unificación de ambos sistemas alemanes de la ciencia no pueden regularse únicamente por la vía administrativa; tampoco son problemas específicamente alemanes. Por un doble rasero, además, es como, por poner un ejemplo, se ha medido, y aún se sigue midiendo, a las culturas científicas. Si de lo que se trata es de la penetración de las ciencias y de los científicos por la política, tanto al químico especializado en polimerización como al físico especializado en cuerpos sólidos se les presume inocentes hasta que se demuestre lo contrario. Sin embargo, el filósofo y el investigador literario a quienes les estaba permitido publicar en la RDA tienen que probar que no fueron cómplices del régimen.

Así, mientras que los físicos del Este y del Oeste pudieron hermanarse casi tan rápidamente como los políticos de este lado con los partidos del bloque del otro lado, los sociólogos meditaban larga y profundamente acerca de complicadas reglas para el procedimiento a seguir ante los deseos de los colegas orientales de ser admitidos en las organizaciones corporativas profesionales occidentales. Tampoco los escándalos del *Charité* (9), cuyo nombre

(8) N. del T.: Institución fundada en 1957, que se ocupa de cuestiones relativas a la investigación, la ciencia y las universidades.

(9) N. del T.: Nombre de un hospital de Berlín, probablemente el de mayor prestigio en la RDA.

continuará resonando con ironía durante algún tiempo, cambian en nada el hecho de que, frente a lo que sucede con los especialistas en Humanidades y Ciencias Sociales, muchos profesores de Medicina y Ciencias Naturales de la RDA, que no pueden apelar a otra cosa sino a la suerte de haber escogido en su día la profesión correcta, esto es, un camino profesional apolítico, pueden hoy dárseles de virtuosos. También en la RDA la mayoría de los hombres de ciencia, en todas las disciplinas, eran aquello en lo que nos hubiéramos convertido todos nosotros de haber estado en condiciones semejantes, esto es, oportunistas, compañeros de viaje. No hay que recriminar a nadie por ello. Pero sí hay que rechazar el intento de moralizar y enfrentar entre sí especialidades y disciplinas enteras, cuando lo único que se debería tener en cuenta son los méritos y los deméritos individuales y, llegado el caso, sancionarlos también en el plano del derecho.

La escisión entre las dos culturas se volvió a evidenciar en el proceso de la unión alemana y de sus orgías de liquidación y traspaso. C. P. Snow no podía haber esperado una confirmación más contundente de su absurda aseveración de que los especialistas en Humanidades y los literatos son los únicos instigadores morales de delitos de los modernos totalitarismos, mientras que, como siempre, los especialistas en Ciencias Naturales y Técnica no hacían sino sufrir ante la perversión política de unas especialidades como las suyas, ajenas a los valores. Ustedes, los germanistas, representan a una ciencia cómplice, y confío en que sean conscientes de que la opinión pública espere de ustedes lo que a los químicos y físicos ni en sueños se les pasa por la cabeza: explicar por qué y cómo en la RDA no sólo hombres de ciencia aislados, sino ramas enteras, fueron declaradas culpables. Al fin y al cabo, en la historia actual de la ciencia la «culpabilidad colectiva» sigue siendo un concepto fundamental.

Pero la culpa difícilmente se puede medir, y su expiación difícilmente se puede llevar a cabo. Por este motivo, todavía habrá de pasar tiempo hasta que los alemanes estén unidos. A continuación les voy a leer una cita de una carta de un hombre de ciencia de Berlín Este, cuya especialidad no viene al caso:

Si la vigilancia y el control constituían una parte del cometido del director, la otra parte la integraba la gestión y la manipulación de un sistema de recompensas y privilegios pensados minuciosamente. Me voy a limitar a lo esencial. Existía el *status* de los *Reisekader* (10), al que se podía ascender

(10) N. del T.: Literalmente, «cuadros de viaje», término utilizado en la RDA para referirse a quienes gozaban del privilegio de viajar al extranjero.

mediante una valoración discrecional del director o del jefe de área —pero también del secretario del partido y del jefe de cuadros—. [En mi área,] por ejemplo, como mucho, sólo cinco o seis de entre los cuarenta y ocho científicos que la integraban poseían ese *status*. Su adjudicación no se realizaba por motivos basados en necesidades técnicas —lo que tampoco es preciso en un sistema que sólo finge ser científico—, sino que dependía de la posición que ocupaba la persona en cuestión en la jerarquía directiva del área y en la del partido, la cual, a su vez, dependía de su buena conducta y utilidad. Por ejemplo, el jefe de mi área, como una notoria tendencia al sadismo, alardeaba frecuentemente de sus viajes ante el círculo de colegas, manifestándose además en términos como los siguientes: «Cuando vayan a Londres les recomendaré tal o tal otro restaurante...», o se disculpaba ante un colega por viajar en lugar de él, pero que no podía hacerlo por no ser un *Reisekader*. Rechazaba por principio la tramitación de las invitaciones que llegaban, basándose en que los destinatarios de las mismas no eran *Reisekader* y que no tenía ganas de ir al director para recibir una negativa. En los últimos años, el trato de los jefes con sus colaboradores de confianza se había vuelto de tal modo cínico y abyecto, que ya ni siquiera se creía necesario guardar, cuando menos, las apariencias. Del mismo modo, el hecho de que alguien utilizara la invitación de otra persona sin que ésta supiera nada era ya una costumbre; (...) Un argumento de peso, que escuché con frecuencia de boca de mis jefes, consistía en que la persona invitada era acusada de haber organizado la invitación ella misma, es decir, de haber utilizado a la persona que envió la invitación. ¡Un grave delito, que clamaba castigo...!

Uno de los elementos integrantes de la patología alemana actual lo constituye el hecho de que modos de actuación como el descrito en esta carta apenas pueden ser sancionados. El castigo de la altanería, del cinismo y del menosprecio al ser humano no es competencia del *Wissenschaftsrat*, sino que queda encomendado al remordimiento de conciencia o a la venganza del cielo. Aquí no se trata de la fragilidad política de disciplinas científicas, sino de la vida cotidiana en el interior de instituciones que optaron por acomodarse a las exigencias de un Estado totalitario. No se trata de la obediencia ciega de los alemanes, sino de la corruptibilidad del ser humano. Y como se trata de los defectos antropológicos y de la complicidad de toda una generación, este problema no se solucionará hasta dentro de una generación. Del mismo modo que Max Planck constató que los paradigmas de las ciencias y las letras no morían sino con la desaparición de sus representantes, los modos de comportamiento y errores del totalitarismo de la RDA en lo relativo al mundo de las ciencias y las letras no desaparecerán hasta que no se hayan jubilado todos los catedráticos de la actual generación.

Para la Alemania occidental, el principal problema en el proceso de unificación científica radica —como en la política— en que al oeste del Elba este proceso no ha dado motivo alguno para la reflexión y la enmienda. Incluso por meras exigencias de ahorro hubiera sido conveniente elaborar, también en la vieja República Federal, un inventario de las instituciones de investigación y de su personal, evaluarlos y, a continuación, llevar a cabo un recorte y reducción en las mismas; hay entre nosotros bastante gente que destaca sobre todo por medio de la estabilización de su propia mediocridad. En esto estribaba una gran oportunidad de la unificación. No habría habido ninguna razón de tipo jurídico que se hubiera opuesto a un proceso de evaluación como éste en las dos Alemanias. No habría sido así el Oeste el que hubiera examinado al Este, sino que la Alemania unida se hubiera examinado a sí misma. Pero mucho temo que se haya desperdiciado una oportunidad como ésta para que toda Alemania se autoexaminara —que no habría habido cosa más justa y equitativa—. ¿O acaso hay intentos de revisar seriamente la Lista Azul de las instituciones de investigación promovidas por los *Länder* y por el Estado Federal en relación a los rendimientos ya habidos y a las perspectivas de su futuro? ¿Se han decidido las administraciones de la ciencia y la cultura de ni siquiera uno de los antiguos *Länder* a realizar una evaluación de sus universidades y teatros? Quizá, y sólo por necesidad, el Berlín que está creciendo unido constituya la excepción.

Como ni siquiera se ha dado comienzo a este tipo de examen de conciencia, se da la mala impresión de que, especialmente en el terreno de las ciencias y las letras, el proceso de unificación se lleva a cabo como una combinación de depuración radical por un lado y de un infame borrón y cuenta nueva por otro. Mientras que en el extranjero —estoy pensando concretamente en los Estados Unidos, Suecia y Francia— hombres de ciencia comprometidos y respetados conjuran el espíritu de una nueva «sincronización» de las universidades alemanas, quienes en la RDA fueron víctimas lamentan la lasitud de los evaluadores germano-occidentales y su escasa sed de venganza. El cómodo *laissez-faire* es, de hecho, la otra cara de la arrogancia. Las víctimas del régimen de la RDA recriminan a esos evaluadores su falta de voluntad para darse por enterados en absoluto de la situación interna de las instituciones científicas de la RDA: *rien comprendre, c'est tout pardonner*.

VI. ¡CON VOSOTROS SE PUDO CONSTRUIR!

Entre los creadores de culturas de nuestro país florecen los mitos y crecen los malentendidos: la Asociación de Editores Alemanes (*Börsenverein des Deutschen Buchhandels*) concede el premio Alfred Kerr al *Neues Deutsch-*

land (11), que no ha experimentado ningún cambio, mientras que los habitantes de Weimar tienen que dejar que el director de la revista de economía *Kapital* les aleccione sobre Goethe como su contemporáneo. Entre los intelectuales de la RDA corre insistentemente el rumor de que el régimen de la RDA fracasó a causa de la resistencia prestada por sus literatos y actores de cine, por la oposición de sus directores de cine, teatro y orquesta. De pronto, como un lector rebelde del manual de Leo Strauss *Persecution and The Art of Writing*, todos los autores pretenden haber escrito entre líneas en sus obras y que los poderosos habrían leído en ellas la predicación de su fatal destino.

Aquí el observador alemán occidental lo tiene fácil. No tiene que juzgar desde su propia posición, libre de todo riesgo, y que por ello no admite un veredicto de culpabilidad. El observador puede comparar, y ello, además, le resulta permitido. Y en comparación con los intelectuales polacos que se mantenían en disputa con *Solidarnosc*, en comparación con la cultura soterrada de Praga y Bratislava, así como en comparación con la significativa emigración de los disidentes húngaros, la sentencia se perfila claramente. Salvo unas pocas excepciones, los intelectuales de la RDA no combatieron al régimen socialista: huyeron de él o, ya colaborando celosamente con él, ya adaptándose a regañadientes, soportaron sus subvenciones. Por ello resulta bien traicionero el duelo por las espléndidas condiciones bajo las cuales podían trabajar los creadores de cultura en la RDA, y es delator, ya que se olvida que estos ejercicios culturales contribuyeron en medida no despreciable a la legitimación del Estado de injusticia (*Unrechtsstaat*) de la RDA. «¡Por nuestro pueblo!», así decía el manifiesto del ocaso de los intelectuales en la RDA. En los cinco días gloriosos entre el 4 y el 9 de noviembre de 1989, algunos quisieron hacer el papel de Émile Zola. Pero era como si Zola hubiera pregonado a voces su *J'accuse* después de que el capitán Dreyfus hubiera sido rehabilitado y nombrado Caballero de la Legión de Honor por la Tercera República, la misma que con anterioridad le había proscrito. No, estos intelectuales no eran disidentes, y nosotros, los alemanes del Oeste, que no nos vimos expuestos a la tentación, no deberíamos reprocharles cobardía. Pero cuando, de pronto, los intelectuales —hasta los cuadros y el presidente de la Asociación de Escritores— se quieren dar a conocer como emigrantes del interior y miembros de la resistencia de la RDA, ha de replicárseles fríamente: «¡Con vosotros se pudo construir el Estado!»

Es impresionante lo vertiginoso que fue el derrumbamiento de muchas instituciones culturales en la RDA. Responsable de ello fue no sólo una mentalidad acostumbrada a recibir subvenciones, que no se pudo readaptar

(11) N. del T.: Órgano central del SED.

oportunamente a los mecanismos del mercado, sino también el hecho de que en la RDA la cultura de los resultados era generalmente más importante que la cultura de la valía: en la mayoría de las ocasiones la presentación resultaba más instructiva que la obra; la puesta en escena, más original que la ópera; el programa de mano, más emocionante que el texto; el actor, más interesante que el autor, y la palabra hablada, más llena de significado que la escrita. La posición central que ocupaba, pongamos por caso, un Heiner Müller se basaba, y no precisamente en última instancia, en el hecho de que un autor estuviera permanentemente poniéndose en escena a sí mismo. Este predominio de una cultura oral llevó también a que, después de la unificación, los habitantes de la RDA encontraran menos apoyo en las instituciones que en la toma de conciencia, a través de la conversación y el diálogo, de unas formas de vida largo tiempo compartidas, obsoletas en la Alemania ya unificada. Ofrecían refugio en la vida cotidiana del régimen, y por ello resulta comprensible que los alemanes orientales recuerden su pasado con nostalgia y horror al mismo tiempo.

Frente a este aferrarse al recuerdo, destacó la prisa que tenían los cerebros alemanes occidentales por emitir un juicio y su incapacidad para dar la preferencia en la reflexión crítica sobre el pasado de la RDA a los propios afectados. Queremos hacer siempre todo con rapidez y por nuestra cuenta, sobre todo en las secciones culturales, apresuradamente escritas, de los diarios y las revistas. Por supuesto, llegó la hora de revisar críticamente la idealización que de una Christa Wolf han realizado ella misma y otros también. Pero ¿por qué tuvo que ocurrir esto tan precipitadamente y con la minuciosidad de una empresa de demolición? En esta disputa habría resultado de más tacto ceder al paso de los alemanes del Este y darles la oportunidad de discutir libremente entre ellos. O se podría haber esperado a las palabras de un observador inteligente como Peter Demetz, quien, desde una cierta lejanía y sin estridencia, presentó el seudoesocialismo de los intelectuales de la RDA como el último refugio del protestantismo alemán.

¿Qué eficaz resultaría una estrategia que encomendara las cosas irrepetibles de un Hermann Kant al ajuste de cuentas con aquellos colegas suyos, escritores de la RDA, a los que en su día acanallara, en lugar de caer en la trampa del mercado y de convertir sus memorias en un *bestseller*, aparentando una indignación exagerada y con el apresuramiento de los debates radiofónicos y televisivos bajo el que se pretende estar saciando una cierta necesidad de información! Por contra, ahora las víctimas se solidarizan cada vez más con los autores de los delitos, y también los intelectuales críticos de la RDA se movilizan contra una estrategia de los superadores del pasado germano-occidentales, que —como en el caso de la acusación contra Christa Wolf y de la

denuncia de Ernst Bloch— les quiere robar incluso los restos de los rasgos liberales de su identidad. A diferencia de lo que sucede en los ámbitos de la política y la economía, a la hora de hacer el balance de los resultados obtenidos por la RDA en los campos de la ciencia y de la cultura habría tenido su utilidad una moratoria, en caso de que ello hubiera sido posible. Pero el tacto y la capacidad de espera no son componentes esenciales del carácter nacional alemán.

VIII. LA ILUSION DE COMUNIDAD Y LA VIRTUD DEL TACTO

La idea de la «nación retrasada», que en 1935 acuñara un Helmuth Plessner implacablemente perseguido por los nazis, ha venido determinando hasta hoy el debate acerca del carácter especial de la historia alemana. Ya en 1924 había escrito Plessner un libro tan fascinante como estremecedor, cuyo título —*Los límites de la comunidad*—, después de casi setenta años, continúa brindando la posibilidad de definir la situación alemana actual bajo la esquematización de los perfiles de aquella idea.

En una época en que la República de Weimar aún podía tener esperanzas de hallar no sólo legitimidad, sino también reconocimiento, Plessner previno a los alemanes contra una sentimentalización de la política, contra esa dialéctica del corazón que no quiere perder la esperanza de que «algún día, y en todas partes, se puedan poner las cartas sobre la mesa y la sinceridad, la honradez y la fraternidad reinen sobre la tierra». Frente a este radicalismo de la verdad que anida en la búsqueda incondicional de la comunidad, Helmuth Plessner abogó por una orientación de la vida hacia virtudes que, vistas históricamente, presentan un origen aristocrático, pero que en momentos posteriores se convirtieron en atractivos de la propia sociedad burguesa. Entre éstas se contaba, y no en último lugar, la virtud del tacto. El tacto, dice Plessner, «es la predisposición a reaccionar ante las más ligeras vibraciones del entorno; el estar abierto a contemplar a los demás, retirándose uno mismo del centro de atención, y a medirlos según sus propios raseros y no según las de uno mismo. El tacto es el respeto eternamente en vigilia hacia la otra alma y, con ello, la primera y última virtud del corazón humano». Para Helmuth Plessner, los grandes peligros de la política alemana eran el comunismo, entendido como una convicción envolvente de la vida entera, y el radicalismo de la comunidad.

En la RDA se les impuso a todos el comunismo como concepción envolvente de la vida. Frente a esta imposición reaccionó, a su vez, una parte importante de la población —especialmente los disidentes de la RDA— mediante un propio *pathos* de comunidad, que encontraba apoyo institucional,

y no de poca importancia, en la Iglesia evangélica. Pero ahora no es sólo el fin de la ideología comunista. Las expectativas de comunidad de todos los habitantes de la RDA se ven defraudadas por una cultura política que se organiza conforme al mercado y que no irradia el calor de una comunidad espiritual, sino que tiende a un frío equilibrio de intereses que no pretende alcanzar decisiones fundamentales, sino compromisos temporales. La comunidad se fomentaba en la RDA en todos los planos, bien como ideología activista impuesta desde arriba o bien como forma de vida privada profundamente pasiva. Ahora los alemanes orientales están aprendiendo a conocer los límites de la comunidad. Habían esperado que la reunificación trajese consigo fraternidad y la «misteriosa armonía de las almas», y lo que ahora empiezan a conocer no es otra cosa sino la brutalidad del principio de competencia.

El resentimiento de los alemanes del Este es resultado de haber puesto demasiadas esperanzas en la comunidad. Esto, más aún que las difíciles circunstancias económicas, explica la apatía que un año después de la unificación de los dos Estados alemanes paraliza a amplios sectores de la población de la Alemania oriental. Esta apatía habría de combatirse sobre todo por medio de la virtud del tacto. En lugar de ello, el resentimiento y la falta de tacto caracterizan a la situación alemana actual. El tacto es una actitud cuya fuerza radica en la seguridad en el modo de comportarse. Por ello la falta de tacto revela inseguridad interior. Es de temer que la Alemania unida, todavía y de nuevo, sea en lo que hace a la forma en que se experimenta a sí mismo, a su autoconciencia, un Estado inestable, un Estado oscilante que quiere encontrar su salvación —como tantas veces en nuestra historia— en una huida hacia adelante y en compensaciones desmedidas. Y ya no es posible pasar por alto signos incipientes de esa dinámica.

Sin embargo, no hay motivo alguno para una melancolía neoalemana. Quizá tengan motivo los alemanes para quejarse, pero no para desesperar. Basta con echar una mirada más allá de las fronteras: hacia Polonia, Praga, Rumania, Yugoslavia y la Unión Soviética. Ya quisieran tener allí nuestras preocupaciones. En lugar de quejarse, los alemanes tendrán que aprender a recordar y olvidar con sabiduría (Carlyle). No es reflexionando continuamente acerca de la propia situación o discutiendo dolorosamente entre sí como los alemanes van a consumir la unidad, sino por medio de un alejamiento decidido de su propia interioridad y de un compromiso común a favor de los demás: en su propio país, en Europa, en el Tercer Mundo.

François Furet señaló a los alemanes, junto a los rusos, como el segundo gran pueblo europeo incapaz de dar sentido a su vigésimo siglo de existencia y, con ello, a toda su historia. Por mucho alcance que tenga nuestra capacidad de dar sentido, los alemanes del Este y del Oeste, en los pocos años que

quedan de este siglo y en el principio del próximo milenio, tendremos que abandonar las estrechas fronteras de nuestra propia comunidad para volver a encontrarnos a nosotros mismos. Quizá con ello contribuyamos a que, después de todo, se haga realidad la profecía de Tocqueville de que Dios prevé un futuro tranquilo para los pueblos de Europa.

[Traducido del alemán por ANGELES GARCIA-PELAYO.]